

Introducción a la semana

Sobran motivos a esta semana para acreditar su singularidad y densidad cristianas, en particular en los tres últimos días de la misma. Tres argumentos distintos pero de calado popular y celebrativo. El día de Todos los Santos no es tanto para honrar a los no canonizados, cuanto para agradecer a Dios en Cristo el que nos haga partícipes de su gracia y santidad: ¡sean compasivos, como mi Padre es compasivo! En evocación bautismal, sumergidos en la muerte y resurrección del Señor, hacemos presentes a nuestros difuntos, los que siempre llevamos en el corazón, en el día segundo de noviembre. Cerrando semana, el predicador de la caridad, el heraldo de la misericordia, Martín de Porres, quien desde la discreción de una portería conventual dijo maravillas de la bondad de Dios.

En este domingo es inevitable evocar al ciego Bartimeo, quien puede ser el mejor guía para captar el mensaje de la Palabra a proclamar. Porque convocados por nuestro Dios y con el bagaje de la Buena Noticia que salva somos guiados entre consuelos por un camino llano libre de tropiezos, al modo como lo sugiere Jeremías. Antes, la carta a los Hebreos nos ha recordado el peculiar sacerdocio de Jesucristo. Solo Él puede hacer que Bartimeo suelte el manto y se acerque a la fuente de la vida, Cristo el Señor, y con Él, reemprenda el camino de la luz.

En la primera parte de la semana continuamos con la carta a los Efesios que, a buen seguro, pondrá muchos puntos de fuerza para nuestro personal seguimiento de Cristo: vivamos en el amor como Cristo nos amó, vivamos el misterio del amor (y no sólo referido al ámbito de la pareja mujer y hombre). En la parte final de la carta, Pablo exhorta a que la delicadeza interpersonal sea distintivo de la comunidad de Éfeso, buscando la fuerza de la comunidad en el Señor, no en ningún otro argumento. El evangelio desgrana todo lo que resta del capítulo 13 de Lucas, con temática muy variada: una mujer curada en sábado, dos cortas parábolas sobre la aparente insignificancia del Reino (grano de mostaza, levadura); en la tercera etapa del camino a Jerusalén nos recuerda el Señor que debemos caminar para entrar por la puerta estrecha, amén de que deja constancia que no le tenía miedo a Herodes, porque a Jesús sólo le mueve el ser fiel a la voluntad de su Padre Dios. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Lun
29
Oct
2012

Evangelio del día

[Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **San Joaquín Royo (29 de Octubre)**

“Mujer, quedas libre de tu enfermedad ”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 4, 32 — 5, 8

Hermanos:

Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo.

Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.

De la fornicación, la impureza, indecencia o afán de dinero, ni hablar; es impropio de los santos. Tampoco vulgaridades, estupideces o frases de doble sentido; todo eso está fuera de lugar. Lo vuestro es alabar a Dios. Tened entendido que nadie que se da a la fornicación, a la impureza, o al afán de dinero, que es una idolatría, tendrá herencia en el reino de Cristo y de Dios.

Que nadie os engañe con argumentos falaces; estas cosas son las que atraen el castigo de Dios sobre los rebeldes. No tengáis parte con ellos. Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor.

Salmo de hoy

Salmo 1, 1-2. 3. 4 y 6 R/ Seamos imitadores de Dios, como hijos queridos

Dichoso el hombre

que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol

plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;

serán paja que arrebató el viento.

Porque el Señor protege el camino de los justos,

pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13, 10-17

Un sábado, enseñaba Jesús en una sinagoga.

Había una mujer que desde hacía dieciocho años estaba enferma por causa de un espíritu, y estaba encorvada, sin poderse enderezar de ningún modo.

Al verla, Jesús la llamó y le dijo:

«Mujer, quedas libre de tu enfermedad».

Le impuso las manos, y enseguida se puso derecha. Y glorificaba a Dios.

Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, se puso a decir a la gente:

«Hay seis días para trabajar; venid, pues, a que os curen en esos días y no en sábado».

Pero el Señor le respondió y dijo:

«Hipócritas: cualquiera de vosotros, ¿no desata en sábado su buey o su burro del pesebre, y los lleva a abreviar?

Y a esta, que es hija de Abrahán, y que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no era necesario soltarla de tal ligadura en día de sábado?».

Al decir estas palabras, sus enemigos quedaron abochornados, y toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía.

Reflexión del Evangelio de hoy

San Pablo pide a los efesios, en la Primera Lectura, generosidad, ternura y perdón. Son virtudes que empiezan siendo humanas, sentimientos, y maduran y se convierten en actitudes evangélicas.

En el Evangelio, Jesús muestra una vez más compasión y misericordia. Hoy lo hace curando a una mujer que llevaba enferma dieciocho años. Curiosamente, sucede en sábado, aunque esta coincidencia provoque otra vez a los fariseos. Más bien parece que no se trata de coincidencia alguna, sino de algo pensado y buscado por Jesús para desenmascarar la hipocresía de los fariseos y dejar bien claros los cimientos del nuevo Reino de Dios.

La mujer encorvada. El hombre encorvado

La mujer encorvada del Evangelio, cuyo nombre ignoramos, es ejemplo de muchas mujeres y muchos hombres, con nombres y apellidos, en tiempos de Jesús y en nuestros días, que llevan algunas y algunos dieciocho años o los años que sea, en cualquier caso mucho tiempo, enfermos, encorvados y maltrechos. La del Evangelio estaba a la puerta de la sinagoga, pero se las puede y se les puede encontrar en todas partes, desde los palacios hasta las chabolas más pobres.

La causa de aquella enfermedad, un espíritu. En sentido amplio, el espíritu, el corazón, es ambivalente: es el origen de la grandeza de la persona humana y el autor de todos los males que afligen a los humanos y deshumanizan la vida. Jesús insistió mucho en la importancia de tener limpio el corazón, de tener limpia el alma. Porque, del alma, del corazón proviene todo lo bueno y todo lo malo.

La mujer erguida. El hombre erguido

A Jesús no le gusta que las mujeres anden encorvadas sin poder mirar al cielo; ni los hombres. Le gusta que las mujeres y los hombres puedan llevar una vida humana, lo más digna posible. Sabe que sólo así podrán ser libres y discernir entre la belleza y grandeza del Reino por él propuesto y la Ley y sus ataduras, prácticas habituales hasta su llegada.

De ahí su reacción al ver a la mujer hoy y a otras mujeres y hombres en otras ocasiones. “Al verla –dice el Evangelio- no esperó a que ella pidiera ayuda, la llamó y le dijo: ‘Mujer, quedas libre de tu enfermedad’”. Tampoco miró el calendario a ver si era sábado o no. Miró a la mujer, llamó a la mujer y “humanizó” la vida de aquella pobre mujer. “Le impuso las manos, y en seguida se puso derecha”. Todo un símbolo. Dios nos quiere derechos, libres, humanos, contentos porque hemos sido sanados y perdonados.

Siempre la misericordia

Cuando Jesús nos dijo, en la parábola del Buen Samaritano: “Vete y haz tú lo mismo”, no estaba diciendo algo que él no hubiera practicado hasta la saciedad. Hoy vemos también hasta dónde llega su compasión y su misericordia. Jesús, en sus andaduras apostólicas, va detectando el dolor, la aflicción, la enfermedad, la injusticia, en definitiva, el mal que afligía a los humanos, los mira a los ojos y se conmueve. Y, en lugar de quedarse en ese noble sentimiento, pasa a la acción. A veces provoca que sea el interesado quien le suplique su intervención; otras, como hoy, no espera petición alguna, ya sabe él lo que necesita aquella mujer, y toda la iniciativa es suya. Mira, llama y, aunque sea sábado, sana. Seguro que el jefe de la sinagoga y guardián de la Ley sentía una gran compasión por aquella hija de Abrahán, pero sólo Jesús llama y cura.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Hoy es: San Joaquín Royo (29 de Octubre)

San Joaquín Royo

El día 3 de octubre de 1691, los esposos Joaquín Royo y Mariana Pérez llevaban a bautizar a su hijo recién nacido, al que le impusieron el nombre del padre. La iglesia parroquial de Hinojosa de Jarque (Teruel) fue escenario de la entrada de Joaquín Royo Pérez en la Iglesia de Jesucristo, a quien dedicó toda su vida y por quien daría hasta su última gota de sangre.

A los dieciocho años dio una respuesta clara a lo que desde niño sentía como una llamada de Dios: ser religioso, sacerdote, misionero. En 1709 se dirigió al convento de los dominicos de Nuestra Señora del Pilar en Valencia, en el que pocos meses después tomaría el hábito de la Orden de Predicadores. En el corto tiempo que estuvo en su convento, noviciado y primeros estudios eclesiásticos, dio muestras de una vida llena de Dios, que se manifestaba en la oración, en la vida común y en sus crecientes deseos de ser enviado a tierras de misión en el Extremo Oriente.

El día 17 de septiembre de 1712 zarpaba rumbo a Filipinas, en compañía de San Pedro Mártir Sans, que sería obispo y compartiría la palma del martirio, y otros profesos dominicos que continuaron su formación eclesiástica durante la larga travesía marítima y la terminaron en Manila.

Después de su ordenación sacerdotal, fray Joaquín Royo fue destinado a las misiones de China, hacia donde partió en junio de 1715. Tras una breve estancia en Macao, llegaba a su misión: Fogan. No lejos de Amoi, la populosa ciudad de Chuen-Cheu, fue el primer destino del joven misionero. Allí pudo comprobar lo abundante que era la mies, y lo escaso de sus fuerzas. Y buscó en la oración la fuerza sobrenatural sin la cual nada podía. El ejemplo de su virtud, la entrega incondicional a hacer el bien a todos y su celo apostólico hicieron lo demás: conversiones de miles de paganos que daban la espalda a los ídolos y comenzaban una nueva vida de cara al único Dios y a su enviado, Jesucristo.

Las provincias de Kiang-Si y Che-Kiang estaban desatendidas desde la expulsión de los misioneros. Y allí fue enviado fray Joaquín Royo en 1717. Los viejos cristianos, que tanto deseaban la asistencia espiritual del misionero, celebraron con entusiasmo la llegada del padre Royo, y le animaron a conquistar para Cristo a muchos de sus paisanos. Allí permaneció hasta 1722, año en que fue nombrado vicario provincial de Fukien, cuando la persecución de todo lo que llevara el nombre de cristiano estaba llegando a entremos preocupantes.

Desde su llegada a la misión de Ki-Tung, fray Joaquín Royo tuvo que llevar una vida errante, en continuo peligro, escondiéndose como un malhechor. Siguiendo el consejo de los cristianos de Ki-Tung, el vicario provincial se escondía en desvanes, en alacenas, incluso en sepulcros vacíos del cementerio, de donde salía por la noche para ejercer el ministerio clandestinamente. Para las fiestas de Navidad de 1745, disfrazado de campesino chino, volvió a la misión y se alojó en casa de dos terciarias dominicas, Rosa y Juliana. Desde allí, con toda precaución, podía administrar lo sacramentos, catequizar, animar a los cristianos abatidos, informarse del estado de los misioneros, de los que era responsable, como vicario provincial. En una pesquisa que los soldados llevaron a cabo en la casa de Rosa y Juliana estuvo a punto de ser descubierto, pero logró escapar y esconderse entre dos tabiques. Allí fue descubierto por los soldados que derribaron toda la casa.

Atado con una soga al cuello, lo condujeron al capitán, a quien, respondiendo a sus preguntas, le dijo con toda serenidad que tenía cincuenta y cuatro años, de los que treinta y uno había estado en China, a donde había ido a predicar la ley de Dios.

Fue llevado a la cárcel. La oración, que había sido durante toda su vida la fuerza de su existencia, lo fue con mayor razón en la dura prisión, en la que sufrió en propia carne los famosos martirios chinos, hasta su muerte.

El día 28 de octubre de 1748, terminó su peregrinación por este mundo de la manera más cruel. Estando echado en el suelo, le taparon la cara con una pasta compuesta de papel, huevos y aguardiente, que le taponaba completamente la boca y la nariz. Un testigo relata el final: “Tiramos sobre su cara un saco de cal, nos pusimos de pie sobre su cuerpo, y sólo pudo dar seis palpitaciones. Así expiró”. Su cuerpo fue quemado el día 29 de octubre, y los restos, arrojados al osario de los malhechores. Cuando fue posible, cristianos valerosos se hicieron con las venerables reliquias del mártir aragonés.

La beatificación solemne de Joaquín Royo y otros mártires dominicos la presidió León XIII el 14 de mayo de 1893. Y Juan Pablo II, en una de las más emotivas celebraciones -no exenta de polémica- del Jubileo del Año 2000, el 1 de octubre canonizaba a ciento veinte mártires de China, entre quienes estaba San Joaquín Royo, el protomártir de China, San Francisco Fernández de Capillas y otros misioneros y cristianos chinos.

Fr. José A. Martínez Puche O.P.

Mar
30
Oct
2012

Evangelio del día

[Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Sed sumisos los unos a los otros, por respeto a Cristo”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 5, 21-33

Hermanos:

Sed sumisos unos a otros en el temor de Cristo: las mujeres, a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son.

Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne».

Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

En una palabra, que cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete al marido.

Salmo de hoy

Salmo 127, 1bc-2. 3.4-5 R/. Dichosos los que temen al Señor

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13, 18-21

En aquel tiempo, decía Jesús:
«¿A qué es semejante el reino de Dios o a qué lo compararé?

Es semejante a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto; creció, se hizo un árbol y los pájaros del cielo anidaron en sus ramas».

Y dijo de nuevo:
«¿A qué compararé el reino de Dios?

Es semejante a la levadura que una mujer tomó y metió en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Sed sumisos los unos a los otros, por respeto a Cristo”

Pablo, que “Su vivir es Cristo” todo lo relaciona con Él, en este pasaje, al hablar de como deben ser las relaciones entre todos, lo hace con la imagen incomparable del matrimonio de Cristo con su Iglesia. Todos somos miembros de Cristo, Él es nuestra cabeza, estamos unidos al que nos amó hasta dar la vida por la Iglesia.

Pone esta sublime figura para hablar de la grandeza del matrimonio cristiano, cierto que algunos sectores feministas (olvidando el ambiente cultural en que se desarrolla la vida de Pablo), no aceptarán fácilmente lo que dice sobre la sumisión de la mujer, pero si profundizamos en el contenido, es una sumisión de amor. Al esposo le dice que ame a su esposa como Cristo ama a la Iglesia, hasta dar la vida por Ella, entregándose para santificarla. Así debe ser el amor del esposo, amándola como a su propio cuerpo.

El que ama de verdad busca siempre el bien de la persona amada, su relación es de entrega amorosa. La sumisión es amor mutuo, buscando siempre el bien de la persona amada. Como Cristo con su Iglesia. El amor es siempre servicio y sumisión en libertad, “Ama y haz lo que quieras” (S. Agustín).

“El reino de Dios... es semejante a un grano de mostaza... a la levadura que fermenta la masa”

En este capítulo, Lucas narra una serie de parábolas con las que quiere explicar el misterio del Reino. El contenido de estas dos, que son muy cortitas, es el mismo. El Reino de Dios va creciendo lentamente, en la medida en que dejamos que vaya penetrando su amor en nosotros. La manifestación plena del Reino en el mundo es Jesús mismo, plenitud de amor, que desde su anonadamiento y entrega amorosa va formando a la Iglesia, institución que a muchos les resulta incómoda. Ella, aun con sus muchos defectos, participa de la santidad de Cristo y va creciendo como la levadura en la masa, calladamente, como el grano de mostaza, pequeño en sí mismo, calladamente, va creciendo en el silencio, hasta hacerse árbol frondoso. De este modo callado, muchas veces perseguida, vituperada y despreciada, trabaja la Iglesia por la extensión del Reino. Así también cada uno de los cristianos que formamos la Iglesia debemos ser levadura y grano de mostaza, siendo portadores del amor silencioso y profundo que ha derramado en nosotros el mismo Cristo.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Mié
31
Oct
2012

Evangelio del día

[Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 6,1-9:

Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque eso es justo.

«Honra a tu padre y a tu madre» es el primer mandamiento al que se añade una promesa: «Te irá bien y vivirás largo tiempo en la tierra». Padres, no exasperéis a vuestros hijos; criadlos educándolos y corrigiéndolos según el Señor.

Esclavos, obedeced a vuestros amos de la tierra con respeto y temor, con la sencillez de vuestro corazón, como a Cristo. No por las apariencias, para quedar bien ante los hombres, sino como esclavos de Cristo que hacen, de corazón, lo que Dios quiere, de buena gana, como quien sirve al Señor y no a hombres. Sabed que lo que uno haga de bueno, sea esclavo o libre, se lo pagará el Señor.

Amos, comportaos también vosotros del mismo modo, dejándoos de amenazas; sabéis que ellos y vosotros tenéis un amo en el cielo y que ese no es parcial con nadie.

Salmo de hoy

Salmo 144 R/. El Señor es fiel a sus palabras

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles.
Que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R/.

Explicando tus hazañas a los hombres,
la gloria y majestad de tu reinado.
Tu reinado es un reinado perpetuo,
tu gobierno va de edad en edad. R/.

El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13,22-30

En aquel tiempo, Jesús pasaba por ciudades y aldeas enseñando y se encaminaba hacia Jerusalén.

Uno le preguntó:

«Señor, ¿son pocos los que se salvan?».

Él les dijo:

«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: “Señor, ábrenos”; pero él os dirá:

“No sé quiénes sois”.

Entonces comenzaréis a decir:

“Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas”.

Pero él os dirá:

“No sé de dónde sois. Alejaos de mí todos los que obráis la iniquidad”.

Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, pero vosotros os veáis arrojados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.

Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos».

Reflexión del Evangelio de hoy

"Honra a tu padre y a tu madre"

En la lectura de este miércoles encontramos un pasaje de los carta que escribió Pablo a los cristianos de la ciudad de Éfeso. En ella Pablo quiere recalcar una característica de un tipo de relación que podemos establecer: la obediencia. La obediencia tiene mala prensa en nuestros días porque en nuestras sociedad occidentales ya no existe el patrón de relación señor-esclavo, como en tiempos de Pablo. La obediencia, en tiempos de Pablo, sólo tenía una dirección: del esclavo hacia el Señor. Era el esclavo el que tenía que obedecer al señor y no al contrario. En nuestro tiempo la obediencia parece chocar con valores tan en alza como la libertad en todas sus formas. Evidentemente nuestra palabra libertad choca con la palabra obediencia de Pablo. Pero hemos de ir más allá de lo que significaba la palabra obediencia en Pablo y más allá de lo que para nosotros significa la palabra libertad.

La obediencia de la que habla Pablo tiene mucho que ver con lo que nosotros llamamos fidelidad y honestidad. Una persona, decimos, es fiel a otra persona, a un proyecto, a unos valores.... Y por ello, esa persona es honesta en su actuar. La obediencia de la que habla Pablo tiene más que ver con la honestidad y fidelidad en las relaciones. Si establecemos relaciones desde la fidelidad siempre estaremos regando una buena relación. Fidelidad, que es obediencia recíproca, amor recíproco.

“Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos”

El evangelio de Lucas de este miércoles se nos propone un pasaje que ha de entenderse desde dos frases que da él mismo tiempo. La primera de ellas se encuentra al inicio de nuestro pasaje: “Esforzaos por entrar por la puerta estrecha” Y la segunda al final: “Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos”. Estas dos frases nos ayudan a comprender, ya que arrojan luz sobre cómo debemos entender lo que hay en medio de ellas, que podríamos resumirlo en la afirmación tan dura de Jesús: “No sé quiénes sois. Alejaos de mí malvados”. Jesús quiere poner de manifiesto que la fidelidad se demuestra en la batalla, en los momentos difíciles de nuestra vida. En las dificultades, en el sufrimiento, es donde se fraguan los verdaderos amigos de Jesús. Aquellos que parecen ser amigos sólo cuando van bien las cosas son los PRIMEROS en abandonar la relación. Estos, en realidad, son ÚLTIMOS. Las dificultades y el sufrimiento tiene un valor purificante en las relaciones, ya que nos ponen de manifiesto quien “esta al pie del cañón”. Estos que a lo mejor era ÚLTIMOS, se convierten en PRIMEROS.

Por eso, Jesús afirma que en realidad las “relaciones de conveniencia” porque eres lindo, porque tienes poder, porque tienes dinero... porque tienes algo que me conviene... no son verdaderas relaciones. En realidad, no sabemos quiénes son; es mejor alejarse de ellas o, dicho de otra manera, ponerlas en su lugar (no son amigos; quizás conocidos u otro tipo de relación; pero no son amigos).

En conclusión, Jesús y Pablo nos hablan de un mismo tema: la fidelidad a las personas que son amigos. Fidelidad que se demuestra cuando hemos de hacer un esfuerzo en nuestra vida y luchar. Fidelidad, la cual es una obediencia que purifica, que ordena nuestra vida. Fidelidad que es amor puro y duro.



Fray José Rafael Reyes González

Real Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Jue

1 Nov

Homilía de Todos los Santos

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos”

Introducción

La Iglesia nos convoca hoy para celebrar y recordar a todos los santos. Es un día esplendoroso que nos repite algo ya conocido: son muchos los hombres y mujeres que pasaron por esta tierra tratando de hacer el bien, siguiendo las huellas de Jesucristo. La fiesta nos dice, también, que vivir en esta tierra no es caminar desorientados o perdidos en la noche. Nos dice que estamos sobre la tierra como producto del amor de Dios. Su llamada universal a la santidad es la certeza de que ante Él todos somos iguales y a todos nos espera cumpliendo su deseo. La llamada, por tanto, afecta a todos ya que todos somos hijos de Dios. Muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia respondieron con fidelidad a esa llamada. Hoy los recordamos a todos, englobados en esa unidad donde no se destacan nombres o particularidades. Son multitud, gracias a Dios, y son la constatación de que la santidad está al alcance de todos. Es día para dar gracias por el triunfo de la gracia en estas buenas personas. Ellas siguen señalando el camino por donde imitar a Jesucristo.

La santidad, en este sentido, no es otra cosa que vivir coherentemente esa condición filial, conscientes de que responder a esa llamada es responsabilidad de cada uno. Es verdad que en esa respuesta nos jugamos nuestra felicidad. Es lo que nos propone Jesús en el Evangelio al ofrecernos las bienaventuranzas como camino seguro hacia una vida dichosa ya aquí, mientras vamos caminando hacia el encuentro definitivo y pleno con Dios.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Salmo

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6 R/. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R/. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R/. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Este es el grupo que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran,

porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Pautas para la homilía

Entre el desafío y la nostalgia

La frase es de León Bloy y refleja muy bien la conclusión, que una reflexión general de la existencia, nos puede ofrecer si queremos medirla en su profundidad más auténtica: “Hay una sola tristeza: la de no ser santos”. Es la única tristeza porque define que la existencia vivida al margen de los valores del evangelio no ha logrado su objetivo, ha quedado varada escuchando de lejos la llamada del mar infinito que es Dios. Que sea la única tristeza que hay que valorar es signo de que la santidad debería ser lo que definiera la vida de todo seguidor de Jesús. Por eso, la fiesta de todos los santos que hoy celebramos nos recuerda que el santo ha acertado al diseñar y vivir el sentido de toda su existencia; le ha dado plenitud desarrollando lo que de él espera Dios y ha puesto en funcionamiento lo mejor que de Él ha recibido. El recordar hoy a esa multitud, un tanto anónima, que ha logrado traspasar la barrera de lo ordinario para vivir desde una exigencia intensa su condición de persona, se convierte para todos en un desafío. Ellos lo hicieron ¿por qué yo no?

La fiesta nos habla también de nostalgia. Estamos hechos para caminar hacia Dios, ya que solo Él puede saciar nuestra sed de absoluto. La frase de San Agustín explica una vez más esta realidad: “Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta descansa en ti”. En el fondo toda persona en la que brilla la bondad de manera especial nos remite a ese deseo de santidad que está presente también en nuestro interior. No canalizarlo adecuadamente hacia quien puede satisfacerlo, es quedarnos a mitad de camino. Esta muchedumbre de buenas personas que hoy conmemoramos nos dice que es posible realizar este sueño. Los santos nos recuerdan que ese deseo profundo está presente en todos y la mayor tristeza es no haberle encontrado salida. Desviarnos, por tanto, del camino, es optar por separarnos, cada vez más, de lo que a todos nos atrae porque estamos hechos para seguirlo y obtener así nuestro deseo: vivir para Dios y en Dios. Esta muchedumbre de personas a las que hoy recordamos no tuvieron aptitudes extraordinarias que hicieran fácil su camino; sintieron como todos el anhelo de Dios y, por encima de todas sus carencias, trataron de encauzarlo siguiendo a Jesucristo. La llamada a la santidad sigue resonando en nuestro interior aunque afanes diversos nos lo oculten.

La identidad más depurada del hombre cristiano

La primera lectura nos sitúa ante la gran muchedumbre que se contempla al final del camino y que se sitúa ante el Cordero tributándole honor, participando así de su gloria. La pregunta surge con naturalidad: “Éstos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?” Y la respuesta deja clara su identidad: “son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero”. Es decir, ellos adoptaron una forma de vida que procede del mismo Jesús y no se acomodaron a lo que el mundo les ofrecía; al contrario, permanecieron fieles a las exigencias del evangelio. Y esto no ha sido una tarea fácil; al contrario, les ha ocasionado dificultades y sufrimiento, pero han vencido. La gran tribulación fue la prueba donde se curtió su fidelidad. Al final del camino viven la alegría de estar ante quien ha presidido sus vidas y ahora viven la gran fiesta donde se premia su fidelidad.

La segunda lectura ahonda en esa identidad. “Ahora somos ya hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él”. Lo que somos es parte de un proceso que hemos de ir viviendo para desembocar en la plenitud. Estamos en camino y es en ese camino donde se ha de ir reflejando nuestra condición de hijos. No caminamos como apátridas, sabemos hacia dónde vamos y quién nos acompaña. Cuanto más vivo sea ese carácter filial y mejor se reproduzca en nuestra conducta más claro será el camino por donde avanzamos y más auténticamente seremos nosotros mismos, más nítidamente aparecerá nuestra identidad. Dios no viene a borrar nuestra condición personal para diluirla en un todo neutralizador del individuo. En esa semejanza brillará su luz iluminando lo que realmente somos partiendo de nuestra individualidad.

Las dos lecturas proclaman que nuestro ser cristiano se define por la fidelidad a nuestra condición de hijos de Dios. Una fidelidad que acepta la paternidad amorosa de Dios y que la explicita día a día, entre incertidumbres y dudas, pero que vive de ella sabiendo que pide esfuerzo. Es esa condición filial la que convierte a los hombres en hermanos y define a una gran multitud que viene de toda nación, raza, pueblo y lengua para aclamar juntos al Cordero inmolado. Una condición reconocida y aceptada de hijos que abarca a todos los que están abiertos a acoger, explícita o implícitamente, el mensaje del Reino.

Invitación a seguir sus huellas

Las bienaventuranzas que se proclaman en el evangelio del día ajustan ese modo de vida. Ellas nos explicitan cómo vivió Jesús. Solo desde esa experiencia suya puede proclamarlas. No son una imposición, tampoco una expresión de buen deseo. Son una constatación de lo que significa vivir según los valores del evangelio y las consecuencias que de ello se siguen. El proceso para llegar a comprender y asumir esas actitudes no es nada fácil ya que parecen ir contra corriente. Desde la educación que recibimos a las pautas que rigen en la sociedad, se nos invita a lo contrario e, incluso, en su ejecución parece subyacer el riesgo de encontrar la oposición y la muerte. Pese a todo, el resultado que Jesús enuncia es claro: la felicidad.

En un mundo un tanto desafortunado las bienaventuranzas manifiestan cómo dar sentido a la vida y, en ese aspecto, nos hablan de algo que es nuclear en los seguidores de Jesús. Vivir esas bienaventuranzas es acercarnos, por una parte, al sentido más profundo de la vida del mismo Jesús y, por otra, a la felicidad, el deseo más intenso que todos llevamos dentro. Son la propuesta que hace Jesús ante la aspiración de todo ser humano de encontrar la felicidad, ese espacio donde todos gastamos nuestras fuerzas. Bien es verdad que, con frecuencia, esas fuerzas se van en conformarnos con una felicidad a corto plazo. El riesgo de buscarla en los sitios más equivocados y de la manera más errónea está presente en nuestra vida. Por eso, no es extraño que en la lucha diaria nos quedemos en la superficie de todo aquello que son compensaciones inmediatas. Y ahí puede surgir una constatación un tanto pesimista: concluir que la felicidad no existe y acabar desconfiando de las grandes promesas y de las palabras hermosas. No es extraño, por eso, que se acabe recortando las aspiraciones más hondas y se renuncie a la dicha que todos buscamos en el fondo de nuestro ser.

Ante el escepticismo o el desaliento las palabras de Jesús surgen claras: es posible alcanzar la felicidad, pero hay que subvertir valores y seguir sus palabras con fidelidad. Los santos supieron escuchar y poner en práctica sus palabras. Cada uno, a su manera, supo encarnar alguna de estas bienaventuranzas de forma especial. Hoy, desde la experiencia vivida, nos llega su mensaje: fueron auténticos hijos de Dios que, viviendo en fidelidad, atravesaron todas las

inclemencias que el mundo opuso a esa fidelidad. Hoy los recordamos como modelos a seguir. Sus nombres tienen poco interés, son muchedumbre. Su vida es constatación de que la gracia sigue operando entre los hombres cuando vivimos abiertos a su fuerza.

La fiesta nos invita a dar gracias a Dios por tantas personas buenas que han sido fieles a Jesucristo y han contribuido con su bondad a hacer un mundo más humano donde se refleja mejor la realidad del Reino. Al mismo tiempo nos invita a revisar nuestra propia vida a la luz de lo que esa muchedumbre de santos proclama, desde el convencimiento de que ser hijos de Dios es un compromiso que encuentra en las bienaventuranzas su mejor expresión.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Evangelio para niños

Solemnidad de Todos los Santos - 1 de noviembre de 2012



Las bienaventuranzas

Mateo 5, 1-12a

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron los discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: - Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Explicación

En esta fiesta recordamos a todas las personas que desde el comienzo del mundo hasta hoy, han vivido con amor y cariño para todos, esforzándose por hacer felices a los demás. Esos son los amigos de Dios. Y le damos gracias a Dios en este día por todo el bien que a través de ellos hemos recibido. Ahora viven felices al lado de Dios Padre y nos esperan para reunirse con ellos.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Había mucha gente que seguía a Jesús. Él dándose cuenta de sus necesidades se dirige hacia ellos y les dice:

JESÚS: Felices los que tienen espíritu de pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos,

NIÑO 1: Jesús entonces seremos felices cuando lleguemos a ser desprendidos y así habrá para todos en este mundo que todos habitamos.

NIÑO 2: Felices, entonces, los que necesitan de los demás y saben que eso es bueno para crecer. Felices los que disfrutan de un deporte, aunque no tengan zapatillas nuevas.

NIÑO 3: Nos quieres decir que seremos felices los que sepamos jugar con nuestros amigos sin hacer distinciones. Seremos felices cuando nos integremos en grupo, y juguemos, conversemos y compartamos con todos, en el colegio, en el barrio, sin hacer diferencias por el color de la piel, de la religión o de la nacionalidad.

JESÚS: Felices los que lloran, porque recibirán consuelo.

NIÑO 1: Jesús, tú no quieres decir que, para alcanzar la felicidad, haya que llorar ¿a que no? Lo que sí dices es que no nos debemos entristecer si nos toca llorar, porque vamos a recibir tu consuelo.

NIÑO 2: Quien se sienta solo, quien se sienta abandonado, quien padezca una enfermedad, puede estar seguro de que Dios no descuida ni un poquito a sus hijos.

NIÑO 3: Felices seremos cuando sepamos ponernos en el lugar de los que sufren; el mundo se llenará aquel día de consuelo.

JESÚS: Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.

NIÑO1: Los pacientes y los mansos son los que aceptan con calma las dificultades y se enfrentan a ellas para superarlas ¿no es así?

NIÑO 2: Felices seremos cuando vayamos por la vida con la pura verdad y la justicia por delante; entonces se realizará el respeto de todos los derechos humanos.

NIÑO 3: Jesús, tú quieres decirnos que seremos felices cuando seamos tranquilos y no reaccionemos violentamente frente a las agresiones de los demás. Que seamos capaces de solucionar las cosas sin enfados ni broncas.

JESÚS: Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

NIÑO 1: Los que tienen el corazón limpio actúan siempre con bondad y con amor. No tienen doble intención, ni falsedad, no andan diciendo mentiras, ni les gusta fanfarronear, porque son humildes.

NIÑO 2: Los que tienen el corazón limpio dan sin esperar recompensa y saben que la mayor felicidad está en dar.

NIÑO 3: Felices seremos cuando nuestro corazón sea compasivo y capaz de perdonar; veremos cómo los hogares y los centros de trabajo se llenan de ternura.

JESÚS: Felices los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los hijos de Dios.

NIÑO 1: Nos quieres decir que seremos felices cuando tengamos, y se nos note, un corazón transparente, desprovisto de malas intenciones; ¡qué a gusto se va a estar a nuestro lado!

NIÑO 2: Seremos felices cuando suprimida toda violencia, nos apuntemos al diálogo y la tolerancia; si lo hacemos así sólo con vernos, crecerá la autoestima de los que están con nosotros.

JESÚS: Felices vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

NIÑO 3: Nos quieres decir que seguramente, esta forma de vivir y seguirte nos va a traer problemas, al menos durante un tiempo... Pero seremos felices cuando aprendamos a tener bastante aguante y confianza en lo que Tú, Jesús nos has dicho. Tenemos que alegraremos por ser así aunque la gente no lo entienda y nos insulte.

JESÚS: Vosotros no tengáis miedo y confiad en lo que yo os he dicho. ¿Me habéis entendido? Yo siempre estaré con vosotros.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández

Vie

2

Nov

2012

Evangelio del día

“A ti, Señor, levanto mi alma”

Primera lectura

Primera Lectura: Job 19,1.23-27a

Respondió Job a sus amigos: "¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzaré sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán."

Salmo de hoy

Salmo Responsorial: "A ti, Señor, levanto mi alma."

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R.

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. R.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R.

Segunda lectura

Segunda Lectura Filipenses 3,20-21

Hermanos: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 15,33-39;16,1-6

Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, lamá sabaktaní". (Que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?") Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, está llamando a Elías." Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: "Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo." Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: "Realmente este hombre era Hijo de Dios."

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: "¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?" Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: "No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron."

Reflexión del Evangelio de hoy

La fiesta de Todos los Fieles Difuntos fue instituida por San Odilón, monje benedictino y quinto Abad de Cluny en Francia el 31 de octubre del año 998. A partir del Abad de Cluny comenzó a extenderse la costumbre de interceder solemnemente por los difuntos. Y aún en nuestros días, después de celebrar la excelencia de los que pusieron su énfasis en vivir y contagiar el amor de Dios, el día 1 de noviembre, seguimos dedicando un día a quienes partieron.

A lo largo y ancho de este mundo las diferentes religiones y culturas le imprimen, al momento del adiós terrenal, una visión diferente: un paso hacia la muerte definitiva, un volver a la vida con segundas oportunidades, un resurgir como Ave Fénix, un paso a la vida eterna...

Todas las lecturas del día de hoy recogen una predisposición a la vida, a la esperanza.
Job, ejemplo de integridad de espíritu y fortaleza ante las dificultades, reafirma su opción por la vida.

Pablo, ante los habitantes de Filipo, muestra un camino de esperanza, de fuerza ante lo que nos hace desfallecer como hombres y mujeres.

Marcos nos muestra ese sentimiento de abandono que todos, en un determinado momento de nuestra vida, podemos tener, pero también la VIDA, en mayúsculas. Ejemplos de cómo, personas sencillas, pero con una gran fuerza interior, lo cambian todo dándole sentido de vida y no de muerte.

Para nosotros la muerte debería ser un paso más, no el último. Si la contemplamos desde la fe, una fe experimentada y vivida, real y no desde lo físico, donde el dolor enmascara y no deja ver más allá, encontraremos paz y el convencimiento de que nuestros actos no se desvanecerán, perdurarán en quienes pudimos hacerles llegar un mensaje de amor. "El que cree en Jesús, en la buena noticia y la pone en práctica, está creando el sentido de vida, de vida eterna".



Comunidad El Levantazo
Valencia

Hoy es: Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; ICo 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que da la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (IIch 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abraham y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; ICo 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir. Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios viviente. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.

Sáb

3

Nov

2012

Evangelio del día

[Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **San Martín de Porres (3 de Noviembre)**

“Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 1, 18b-26

Hermanos:

De la manera que sea, con hipocresía o con sinceridad, se anuncia a Cristo, y yo me alegro, y seguiré alegrándome. Porque sé que esto será para mi bien gracias a vuestras oraciones y a la ayuda del Espíritu de Jesucristo. Lo espero con impaciencia, porque en ningún caso me veré defraudado, al contrario, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte.

Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger.

Me encuentro en esta alternativa: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Convencido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para vuestro progreso en la alegría y en la fe, de modo que el orgullo que en Cristo Jesús sentí rebose cuando me encuentre de nuevo entre vosotros.

Salmo de hoy

Salmo 41, 2.3. 5bcd R/. Mi alma tiene sed del Dios vivo.

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío. R/.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?. R/.

Recuerdo cómo marchaba a la cabeza del grupo hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14, 1. 7-11

Un sábado, entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer y ellos lo estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les decía una parábola:

«Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y venga el que os convidó a ti y al otro, y te diga:

«Cédele el puesto a este”.

Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga:

“Amigo, sube más arriba”.

Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir

Pablo a pesar de su situación, de estar encarcelado, no pierde en ningún momento la alegría y la felicidad. Para él no hay cadenas que le impidan la predicación, y ese encuentro con Jesús cara a cara. Le ha entregado su vida y la entrega con inmenso gozo.

Ahí está la valentía de prisionero, el seguir predicando el evangelio en cualquier momento y situación. Ya sea de dificultad como predicando a los no creyentes. Esta valentía de Pablo ayuda y contagia a la comunidad de Filipo para predicar junto a él y dar testimonio de su fe. No hay miedo, no hay cobardía, todos crecen en entusiasmo, y eso provocó más alegría a Pablo. Y toda esa alegría, fuerza y valentía viene por la oración que Pablo agradece, pues es la oración la que le da fuerzas para seguir anunciando la Buena Noticia. La oración que le fortalece en la fe, donde el vivir o el morir es indiferente pues morir por Cristo no rompe su comunión con él, todo lo contrario, es una ganancia.

Pablo no sabe que escoger, si morir por Cristo o seguir en el mundo anunciándole, sirviendo a sus hermanos. Las dos cosas para él son grandeza. Pero decide quedarse con sus fieles, ayudarles a crecer en la fe, enseñarles a predicar la Palabra.

Compartir la alegría de la fe. Esta es la misión, el regalo que Pablo nos deja. Servir a nuestros hermanos, ¿cómo podemos hacerlo en nuestro mundo de hoy? Debemos colaborar con todas nuestras fuerzas. En la evangelización de este mundo es necesario ser fuertes y valientes como Pablo y razón suficiente la de renunciar al encuentro íntimo con Cristo para anunciar el mensaje de Vida, de Esperanza, de Amor que Jesús nos dejó.

Una necesidad urgente de nueva evangelización. Transmitir, contagiar nuestra Pasión por Cristo.

El que se humilla será enaltecido

La lectura de este evangelio, una llamada urgente de atención a la humildad.

Jesús aprovecha la invitación en la casa del fariseo, para dar una gran lección de humildad. No solamente para los fariseos, para nosotros también, que parece la tenemos un poco olvidada.

Podemos advertir que los fariseos siempre buscan estar en los primeros puestos, por eso Jesús aprovecha esta situación y, hablándoles en parábolas, les invita a buscar, elegir los puestos más humildes: “porque el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”.

También a nosotros nos gusta mucho ocupar esos primeros puestos, ser reconocidos, alabados en todo lo que hacemos. Y para eso no nos hace falta ser fariseos. Simplemente nos gusta que la gente nos reconozca a cada momento lo que hacemos. Demostrar nuestras habilidades, cualidades, y que nos aplaudan por ello. Muchas veces solo es apariencia que puede llegar a provocar ciertas envidias.

Jesús nos enseña, nos quiere hacer ver que debemos actuar al contrario, siendo humildes y sencillos de corazón. Aunque el ser humildes hoy en día no sea algo que se quiera hacer ver mucho, en una palabra: no esté de moda.

Si somos seguidores de Jesús no nos tiene que importar, y con alegría ocupar los últimos puestos, sintiéndolos los mejores, pues es el servicio a los hermanos. Pero qué mayor alegría y paz puede dar esa sinceridad de humildad, ese servir, imitando así a nuestro hermano Jesucristo que no vino a ser servido, sino a servir. Viviendo en verdadera humildad, seguro seremos más felices, nos llevaríamos menos disgustos y decepciones, nos sentiríamos más aceptados y queridos. Y mucho más agradables ante los ojos de Dios, ya que Él prefiere a los humildes.

Hay muchos ejemplos de humildad de los que podemos seguir, uno de los mejores y más cercanos es el de María, la madre de Jesús, que con discreción y sencillez dijo hablando de sí misma: “ha mirado la pequeñez de su sierva”.

También tenemos otro precioso ejemplo de humildad pura y verdadera de nuestro hermano Martín de Porres de quien hoy celebramos su fiesta. Él, siguiendo el ejemplo de Jesús, fue pobre y humilde, sencillo y cercano. Fue siervo de su comunidad.

“Para Martín no había diferencia entre limpiar los baños o atender a las necesidades del arzobispo enfermo... así era la manera de ser sencilla y transparente de Martín. Vivió plenamente el momento presente con serenidad y ecuanimidad, sin preocuparse demasiado de lo que pensaban los demás acerca de su vida espiritual. Así era Martín, humilde, terco y asombrosamente LIBRE” (del libro SAN MARTIN DE PORRES, Un Santo de las Américas Brian J. Pierce).

Timothy Radcliffe nos dice de Martín: “Como una flor que nace y se abre gracias a las lluvias de primavera, así también pasó Martín: creció y floreció en la gracia de la Libertad de los hijos de Dios (Rm 8, 21). Su vida nos enseña a ser hermanos y hermanas”.

Ojalá aprendamos de la humildad de nuestro hermano Martín y sepamos cómo ser sencillos, humildes y fieles servidores de los demás.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

Hoy es: San Martín de Porres (3 de Noviembre)

San Martín de Porres

Patrono de la Justicia Social y primer santo mulato de América

San Martín de Porres nace en Lima el 9 de diciembre de 1579, hijo de Juan de Porres, caballero español de la Orden de Calatrava y de Ana Velázquez, negra libre panameña. Juan de Porres marcha a Guayaquil, Ecuador, comisionado por el Virrey Don García Hurtado de Mendoza. Allí reclama a sus dos hijos que salen para Ecuador. Años más tarde, Don Juan Porres es nombrado Gobernador de Panamá por lo que los niños, Martín y Juana, regresan con su madre a Lima; es el año 1590, Martín tiene once años. A los Doce Martín está de aprendiz de peluquero, y asistente dentista. La fama de su santidad corre de boca en boca por la ciudad de Lima.

San Martín de Porres conoce a Fray Juan de Lorenzana, famoso dominico como teólogo y hombre de virtudes. Le invita a entrar en el Convento de Nuestra Señora del Rosario.

La legislación de entonces impedía ser religioso por el color y por la raza, por lo que Martín de Porres ingresa como Donado, pero él se entrega a Dios y su vida está presidida por el servicio, la humildad, la obediencia y un amor sin medida.

Fray Escoba

San Martín tiene un sueño que Dios le desbarata: "Pasar desapercibido y ser el último". Su anhelo es seguir a Jesús de Nazaret. Se le confía la limpieza de la casa; su escoba será, con la cruz, la gran compañera de su vida.

Sirve y atiende a todos, pero no es de todos comprendido. Un día cortaba el pelo y hacía el cerquillo a un estudiante: éste molesto ante la mejor sonrisa de Fray Martín, no duda en insultarle: ¡Perro mulato! ¡Hipócrita! La respuesta fue una generosa sonrisa.

San Martín lleva dos años en el convento, hace ya seis que no ve a su padre, éste le visita y... después de dialogar con el P. Provincial, éste y el Consejo Conventual deciden que Fray Martín sea hermano cooperador.

El 2 de junio de 1603 San Martín de Porres se consagra a Dios por su profesión religiosa. El P. Fernando Aragonés testificará: "Se ejercitaba en la caridad día y noche, curando enfermos, dando limosna a españoles, indios y negros, a todos quería, amaba y curaba con singular amor". La portería del convento es un reguero de soldados humildes, indios, mulatos, y negros; él solía repetir: "No hay gusto mayor que dar a los pobres".

San Martín de Porres es un amor desbordante y universal. Su hermana Juana disfruta de buena posición social, por lo que, en una finca de ésta, da cobijo a enfermos y pobres. Y en su patio acoge a perros, gatos y ratones.

Los religiosos de la Ciudad Virreinal van de sorpresa en sorpresa. El Superior le prohíbe realizar nada extraordinario sin su consentimiento. Un día, cuando regresaba al Convento, un albañil le grita al caer del andamio; el Santo le hace señas y corre a pedir permiso al superior, éste y el interesado quedan cautivados por su docilidad. Su vida termina en loor de multitudes el 3 de noviembre de 1639.

Más información en [biografía y espiritualidad de San Martín de Porres](#).

Dom

4 Nov

Homilía de XXXI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

"Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas"

Introducción

Hace falta que volvamos a creer en el Amor, y en nuestra capacidad de amar y recibir amor. Pero también, no sólo hay que recuperar la fe en el amor, sino creer en un amor de fe, aquello que somos capaces de amar por la fe, aquel amor que despierta la fe. Es importante, que no sólo necesitemos comprender el amor, por su ausencia, sino que comprendamos también que necesitamos reeducarnos y volver a un sentido nuevo y distinto de valor de amar, porque hemos equivocado la idea, el pensamiento, la actitud, y la comprensión de la experiencia de lo que es amar. Y por los sufrimientos, lo hemos relativizado tanto, que nos cuesta reconocer nuestra fragilidad: nuestra necesidad de amar o nuestra necesidad de ser amados.

Y podemos hacerlo, al hilo de las lecturas de este domingo, cuestionándonos algo muy simple: ¿por qué no amar lo que Dios ama en mí?



Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro del Deuteronomio 6, 2-6

Moisés habló al pueblo diciendo: «Teme al Señor, tu Dios, tú, tus hijos y nietos, y observa todos sus mandatos y preceptos, que yo te mando, todos los días de tu vida, a fin de que se prolonguen tus días. Escucha, pues, Israel, y esmérate en practicarlos, a fin de que te vaya bien y te multipliques, como te prometió el Señor, Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel. Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón».

Salmo

Sal. 17, 2-3a. 3bc-4. 47 y 51ab R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. R/. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos. R/. Viva el Señor, bendita sea mi Roca, sea ensalzado mi Dios y Salvador: Tú diste gran victoria a tu rey, tuviste misericordia de tu ungido. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 7, 23-28

Hermanos: Ha habido multitud de sacerdotes de la anterior Alianza, porque la muerte les impedía permanecer; en cambio, Jesús, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Pautas para la homilía

¿Será posible el amor?

En esta época de crisis, parece absurdo preguntarse por el sentido de amar y ser amado. Quizás, si hiciéramos una encuesta sobre amar, estaría llena de ítems que matizarían las respuestas, porque su concepto ha cambiado a lo largo de la historia y las situaciones culturales y económicas. Sobre todo, por el egoísmo social y personal con el que nos hemos conducido. Pero si una de las preguntas fuera: ¿en qué nivel de importancia situarías el amor en tu vida, como nivel de preocupación? A no ser que nos llevemos una sorpresa, muchos no dirían la verdad, otros matizarían lo complicado de la respuesta, y otros ni siquiera la tendrían en cuenta por su nivel ausente de profundización en el tema.

Pero, estadísticamente hablando ¿se puede medir la capacidad de amar? ¿Se puede medir nuestra capacidad para recibir amor? ¿Se puede medir nuestro nivel de aprendizaje a la hora de amar? ¿Se puede cuantificar el amor? ¿Se puede medir nuestra capacidad de sanar las heridas del amor?

Probablemente no, o quizás salgan muchas hipótesis que respondan algo parecido a la psicología del sentido común, pero difícilmente contrastable.

Sin embargo, es un hecho que sufrimos por la ausencia del amor, y sufrimos por los problemas que surgen a la hora de amar, e incluso sufrimos por nuestra idea equivocada o incoherente sobre lo que es el amor. Es un hecho, también, que cuando comprobamos que, en nuestro interior, nuestra relación de amor con nuestra pareja ya no resuena tanto, ha podido envejecer, o ha llegado a una situación de costumbre, decidimos romper con la relación; y cuando la pareja se ha roto, el amor que pudo haber ahora muestra su cara más oculta: un amor vengativo, de odio, por lo sufrido. ¿Adictos al amor? Más bien, ¿adictos al sufrir?

Quizá, con nuestras capacidades de contemplar la historia, y sobre todo de justificarnos para evadir la pregunta, intelectualmente, podríamos referirnos o refugiarnos en una obra antigua, de un romano, Ovidio (año 43 a. de Cristo) que escribió una trilogía formada por tres poemas didácticos de tema erótico: Arte de amar (*Ars Amandi* o *Ars Amatoria*), Remedios de amor (*Remedia Amoris*) y Cosméticos para el rostro femenino; con la finalidad de quedarnos en un terreno intelectual, pero al mismo tiempo superficial, y la usemos como actitud, a modo de un cosmético para nuestra respuesta defensiva.

También, es probable que regrese a nuestra memoria la obra de Erich Fromm, sobre el arte de amar que estudia la naturaleza del amor en sus diversas formas: amor de padre y de madre, amor a uno mismo, amor erótico y amor a Dios. El autor postula que los elementos necesarios para el desarrollo de un amor maduro son el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento. En el capítulo tres Fromm realiza un análisis del amor y su significado en la sociedad actual, en el cual llega a la conclusión de que el modo capitalista de producción tiende a enajenar al hombre y a imposibilitarlo -al menos socialmente- para amar.

Sin embargo, antes de darnos demasiadas justificaciones, se haga necesario aplicar el principio de simplicidad, o la Navaja de Ockham, que consiste en que: ante dos ideas una simple y otra compleja, probablemente, la más cierta sea la simple. Aplicando este principio hemos de cuestionarnos algo, que, a mi modo de ver, es importante caer en la cuenta: ¿qué validez le damos hoy al amor en nuestra vida, en nuestra fe, en nuestro entorno? ¿Queda algún ápice de capacidad en nosotros para que vuelva el amor a ser habitable en: nuestra fe, nuestra iglesia, nuestra sociedad, nuestras relaciones, nuestra personalidad?

Por ello, quiero expresar que regresar a los orígenes del amor es más sencillo. Si lo miramos con la fe, aquella que hemos de poner en nuestra capacidad de amar, quizás venga a nuestra memoria el pasaje de este domingo de la primera lectura del libro del Deuteronomio, o los textos de San Pablo sobre el amor, o los textos de Juan en sus cartas, o las palabras de Jesús sobre el amar y sus apuntes que intentan completar, perfeccionar, los mandamientos de la ley mosaica.

Lo cierto, es que hace falta que volvamos a creer en el Amor, y en nuestra capacidad de amar y recibir amor. Pero también, no sólo hay que recuperar la fe en el amor, sino creer en un amor de fe, aquello que somos capaces de amar por la fe, aquel amor que despierta la fe. Es importante, que no sólo necesitemos comprender el amor, por su ausencia, sino que comprendamos también que necesitamos reeducarnos y volver a un sentido nuevo y distinto de valor de amar, porque hemos equivocado la idea, el pensamiento, la actitud, y la comprensión de la experiencia de lo que es amar. Y por los sufrimientos, lo hemos relativizado tanto, que nos cuesta reconocer nuestra fragilidad: nuestra necesidad de amar o nuestra necesidad de ser amados.

Y podemos hacerlo, al hilo de las lecturas de este domingo, cuestionándonos algo muy simple: ¿por qué no amar lo que Dios ama en mí?

Corazón, alma y fuerzas concentradas para amar a Dios.

El Libro del Deuteronomio (6, 2-9), por boca de Moisés hablando al pueblo de Israel, nos invita a una cosa muy simple “ESCUCHA ISRAEL”: “El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas”. Palabras que quedarán grabadas en la memoria de generación en generación. Pero, para ello hemos de ponernos en su presencia, conocerlo, profundizarlo, y personalmente, hacerlo en mi interior para calibrar en qué medida esta verdad de fe de la antigua alianza, ha traspasado las fronteras del tiempo y las generaciones, y he dejado impregnarme por ella, para escucharla, contemplarla, y aceptarla; pero no como un deber, no como un mandamiento, no como una obligación que me impongo o me imponen, sino como un talante, como una actitud permanente y constante, algo que sea incapaz de caducar en mi interior. Pero, ¿logramos amar si sólo nos quedamos en contemplar este texto? Me temo que no, y el Evangelio nos ayudará a comprenderlo.

Permanece para siempre

La carta a los hebreos (7, 23-28), pone la memoria en la sucesión de los sacerdotes por su carácter de finitud, muchos murieron y la muerte les impedía permanecer en su cargo. Pero Jesús, como Sumo Sacerdote y Sacrificio único, permanece para siempre, su sacerdocio no pasa, no caduca, porque no es cronológico, no pertenece a este tiempo, aunque actúe en este tiempo, y en todos los tiempos; por ello, puede salvar definitivamente a los que por medio de él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder por nosotros. Su sacrificio lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo, y lo hizo por una razón de amor. Y ese amor permanece para siempre, es eterno. Era una condición de la nueva alianza restablecida en Cristo Jesús, consagrar al Hijo, perfecto para siempre. Poniendo al amor en el ámbito de lo sagrado. Y todo esto, lo hizo por amor al Dios Padre, y por amor al pueblo congregado en torno a Dios. Sólo hace falta elegir libremente una actitud indispensable para ello: acercarse a Cristo, para que por medio de Él, se acerquen a Dios.

Amar al prójimo como a ti mismo

Jesús, en el Evangelio de Marcos (12, 28b-34), no sólo contesta a la pregunta de un letrado sobre ¿qué mandamiento es el primero de todos? Y Jesús, con las palabras de Moisés, actualizándolas: Amar a Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser. No obstante, añade un segundo mandamiento en su enseñanza: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. “No hay mandamientos mayor que estos”. Jesús da por sentado que nos amamos a nosotros mismos, o que hemos de amarnos como criaturas de Dios, asemeja el amor a uno mismo al amor de Dios. Desde luego, nadie puede amar a otro ser, ni a Dios, si no es capaz de amar la bondad proclamada por Dios en la creación cuando creó al ser humano, es decir, si no es capaz de amarse a sí mismo. Sin embargo, esto, lejos de conducirnos al egocentrismo, al narcisismo, al egoísmo o al desprecio que son formas de vivir dependiendo de los frutos del desamor, del miedo, o la inseguridad; más bien, nos ha de ayudar a llenarnos de una mutua estima, como respuesta al amor que Dios puso en nosotros desde la creación. Ámate como Dios te ama. Luego, para sanar las heridas, llena tu vida, tu ser de un sentido capaz de comprender y expresar lo mutuo, la reciprocidad; y el amor recibido por Dios, hazlo extensivo: ama a tu prójimo. Y aunque es puesto en un segundo momento, la realidad más simple, es la más inmediata: mi propia persona, mi ser más cercano, y mis seres más próximos. Y para curar las heridas no hay nada como los gestos de amor. Amar a Dios, amar al prójimo, y amarse a sí mismo, vale más que cualquier sacrificio y holocausto que podamos pensar u ofrecer, es la respuesta del letrado ante la enseñanza de Jesús.

Si comprendemos esto, Jesús también proclamará para este tiempo, no estás lejos del Reino de Dios.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Evangelio para niños



El mandamiento principal

Marcos 12, 28-34

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: - ¿Qué mandamiento es el primero de todos? Respondió Jesús: - El primero es: "Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos. El letrado respondió: - Muy bien, Maestro; tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: - No estás lejos del Reino de Dios. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Explicación

Un hombre se acercó a Jesús para pedirle opinión sobre cuál era el mandato más importante de la Ley de Moisés que los buenos judíos debían cumplir. Muchos creían que era descansar el sábado, como día especial dedicado a Yavé Dios. Y Jesús le respondió: "Ama a Dios con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo. Eso es lo que Dios desea, y es lo más importante en la vida de un buen judío".

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo un letrado se acercó a Jesús y le preguntó:

LETRADO: Maestro, ¿qué mandamiento es el primero de todos?

JESÚS: El primero es: "Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"

NIÑO1: ¿Por qué dices dos mandamientos si sólo te ha preguntado uno?

JESÚS: No hay mandamiento mayor que estos...y no se pueden separar.

LETRADO: Pienso como tú y creo que estos dos mandamientos valen más que todas las ofrendas y sacrificios.

JESÚS: No estás lejos del Reino de Dios.

LETRADO: ¡Gracias, Maestro!

NIÑO2: Amar al prójimo, amar al prójimo...¡No sé por qué siempre estamos en lo mismo!

NIÑO1: Yo sí lo sé, ¡Porque es lo que más cuesta!

NIÑO2: ¿Y si yo amo mucho a Dios y no a los que me caen mal?

NIÑO1: Eso es imposible, ¿cómo vas a amar a Dios, al que no ves, y no amar a los que sí ves?

NIÑO2: Jesús dice que tengo que amar al prójimo, pero...¿quién es mi prójimo?

NIÑO1: Yo creo que mi prójimo es toda persona que necesita ayuda.

NIÑO2: ¡Pues no es difícil ni nada amar al prójimo como a uno mismo!

NIÑO1: Si nos quisiéramos todos así, no habría guerras, ni peleas, ni robos, ni envidias...¡El mundo parecería otro distinto!

NIÑO2: Sí, para que el mundo parezca otro...sólo tenemos que hacer dos cosas...

NIÑO1: Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas...

NIÑO2: Y al prójimo como a uno mismo.

NARRADOR: Nadie se atrevió entonces a hacer más preguntas.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández